Evolución de los pudores de la vista, del oído y del olfato, y su contribución al progreso sentimental

Por ENRIQUE CASAS

Gerente de "La Voz Médica" (Madrid)

Señores:

En estos tiempos de desvalorización del pudor, pudiera tener cierto interés el inventario de lo que le debe la Humanidad a este sentimiento. El tema es demasiado ambicioso para la modestia del conferenciante y, por otra parte, muy vasto para encuadrarle en una conferencia. Por ello nos ceñiremos a presentar en breves síntesis las evoluciones más trascendentales del pudor, que sólo usando una escala grande como la de un mapa-mundi es posible ver de una simple ojeada el papel considerable del pudor en el progreso humano.

No se espere que digamos una sola palabra del pudor del tacto, el cual bajo múltiples nombres—castidad, honestidad, virginidad, celibato—refleja la lucha homérica del instinto sexual con todas las religiones, incluso las más elementales, porque esta lucha es conocida en sus líneas generales, y si nos metiéramos en la selva de los detalles, buscando cosas nuevas que decir, no saldríamos nunca.

Impudor visual de los griegos.

Tomaremos de punto de partida el pueblo griego. Su cultura visual es asombrosa. En pocos siglos, sus artistas llegan a cincelar estatuas de insuperable belleza: su arte arquitectónico no ha podido ser sobrepasado en dos mil años de progreso. ¿Hubiera sido esto posible con un pudor riguroso de la vista? Ellos no sentían este pudor, ni en los tiempos arcaicos, cuando modelaban con exageración infantil los detalles anató-

micos que más tarde taparon, ni cuando, llegada su mayoría de edad artística, supieron transformar la mano desvergonzada que señala el sexo en un ademán sublime de pudor. Los griegos amaban los espectáculos de gran visualidad: la palestra, los juegos olímpicos, el teatro. Tampoco estos espectáculos hubieran podido progresar con ahogos de pudor, que el atleta y el corredor se desembarazaban de la impedimenta de sus ropas y el teatro daba sus primeros vagidos escenificando con crudo realismo los amores de Júpiter.

El impudor visual de los griegos sirvió de mantillo a su florecimiento artístico. En sus manos de artista la belleza sin velos adquiere la prestancia serena e inmaterial de las divinidades del Olimpo y logra el milagro de desguarnecer de liviandad las miradas.

Los escultores griegos cumplieron a maravilla el papel de instructores estéticos de la sociedad. Todas sus caras son igualmente bellas: ni aun la vejez aciertan a expresarla con arrugas, decrépita y fea. Jamás retratan para no verse en el compromiso de copiar rasgos imperfectos, específicos de la cara. Dicen que Praxiteles tomaba de cada modelo un hechizo para lograr la perfección del conjunto; más lejos se llevó todavía ese afán de perfeccionamiento estético, tomando rasgos de los dos sexos, fundiéndolos en una imagen ambigua—el andrógino, efebo y doncella a la vez, heredero del hermafrodita—. Chesterton dice que los griegos han hecho con la forma humana lo mismo que los jardineros holandeses con los árboles: han creado un tipo convencional, armonioso de líneas, de esbeltez inconseguible por la especie. Esto es verdad; pero la tendencia de los griegos a igualar esos dechados de belleza elevó morfológicamente su raza, y es imposible suponer adónde hubieran llegado de no cortar su vuelo estético las vicisitudes históricas: todos los griegos llevaban en la mente el cuño de la belleza legítima, vista a todas horas y en todos sitios por la profusión de estatuas. Algunas fiestas eran certámenes públicos de belleza, ajustada al patrón estatuario, y en ellos se hacía el apartado, con fines reproductores, de los ejemplares estupendamente hermosos. Porque en Creta una ley obligaba a éstos a casarse a fin de propagar su tipo. Muchos se exhibían por los circos de aquel tiempo y obtenían el sufragio universal para su belleza. Así, los griegos no necesitaron los reglamentos que proponía Platón para mejorar la raza: la procreación no estaba dirigida ni controlada, ni necesitaba estarlo, porque la estatuaria había acuñado la moneda con que se compraba el amor, y esa moneda era la belleza física, la salud y la juventud.

El cristianismo impone el pudor de la vista.

El cristianismo realizó un cambio completo de agujas en la selección sexual. Su empeño más tenaz ha sido combatir el impudor de la vista, creador de la civilización pagana. Los primeros cristianos abatieron y vilipendiaron la belleza humana. "¡Gloriarnos de la carne, de esa carne que se nos dice hecha a semejanza de Dios! Sea—responde Lactancio—, pero gloriémonos de una carne muerta por la penitencia. La belleza os es, mujeres, enteramente inútil. Tomaos, pues, un poco de trabajo para no tenerla o descuidadla santamente si no la tenéis." Orígenes escribía: "La belleza propiamente dicha no pertenece a la carne, que no es sino fealdad. Toda carne es como heno." No ya bárbaros africanos como Tertuliano, que brinda al saqueo las más bellas producciones del arte griego, sino Clemente de Alejandría, con cultura clásica, no perdona a las artes plásticas haber representado a los dioses paganos y espectáculos impuros, y se complace en referir las catástrofes, incendios y terremotos que alcanzan a los templos. Estas lecturas exaltaban a los cristianos ganosos de martirio, que rompían las estatuas a la vista escandalizada de sus fieles, y cuando Constantino dió la orden de romperlas, estaba ya desatado el furor iconoclasta de las turbas fanatizadas.

A falta de estatuas bellas, vinieron a poblar los templos enfermos quejumbrosos e implorantes, los cuales exponían allí sus carnes llagadas o leprosas, en la seguridad de encontrar limosnas y con la esperanza inextinguible de curar. La vista acabó de depravarse y no huía despavorida de aquellos muestrarios palpitantes de horror, que vociferaban con sus ayes el precio de la salvación eterna. Los templos eran clínicas de milagros, sanatorios de almas sufrientes, refugio de impedidos, y afluía a ellos un número considerable de peregrinos enfermos que presentaban a la vista de los devotos el muestrario infinito de las fealdades patológicas. Eran las exposiciones permanentes de la época, las únicas que conoció la Edad Media, especializada en la enseñanza de la fealdad y en el cultivo intensivo de los sentimientos humanitarios.

Esta promiscuidad, sin repugnancia, de sanos y enfermos de la piel es una prueba inconcusa de la indiferencia estética en que vivieron los hombres durante los siglos sin historia de la Edad Media. En las clases altas, el matrimonio era una alianza entre poderosos, la dobla de tierras y vasallos. La belleza no entraba para nada en sus decisiones. Los señores feudales tenían buen diente, y en sus años mozos no hacían dengues para ejercer su derecho de pernada. El cual derecho pudo ser abolido de un plumazo el día que los señores feudales empezaron a tener

paladar, pues les aliviaba de una obligación que se hacía enojosa por no tener excepciones.

El mal gusto, mejor dicho, la falta de gusto, persistió hasta muy entrada la Edad Moderna en las clases bajas de la sociedad, que no podían cultivar la vista con las obras de arte y los ejemplares bien vestidos y bellos. En las sectas de alumbrados de Mérida y Sevilla no se conocieron las exenciones físicas para el amor. ¡Qué idea tendrían de la belleza! Y los conquistadores de América encontraron bien parecidos a los indígenas. Colón los retrató así: "Todos de buena estatura, gente muy hermosa; los cabellos no crespos, salvo correntíos y gruesos, y todos de la cabeza y frente muy ancha y los ojos muy hermosos y no pequeños y las piernas muy derechas; todas a una mano y no barriga, salvo muy bien hecha." No es extraño que se mezclara la sangre de los invasores con la de los aborígenes.

Es cierto que los trovadores cantaron la belleza; pero su ideal era convencional: el tipo de mujer consagrado por la Edad Media, cuyas perfecciones eran de orden intelectual y sus atractivos inmateriales. La mujer de Aussias March es "blanca, delicada y sin pecho." El historiador más sutil de los trovadores, Fauriel, dice a este propósito que "los caballeros buscaban de preferencia su dama entre las que habían logrado más alto renombre por sus virtudes, su gracia y su amabilidad. De suerte que de ordinario había más moralidad que sensualidad en los motivos de su elección, porque, en general, el mayor o menor renombre de una dama dependía más o menos de las alabanzas que la prodigaran los trovadores y de la mayor o menor fama de éstos."

En las *Instrucciones* a un doncel, del trovador Amaneo de Escás, se levanta acta de la presión social: "Servid a vuestra amiga... Servid también a sus favorecidos, de suerte que luego os alaben, pues la alabanza engendra amor más que otra cosa alguna, y a veces se ama a una mujer que no se ha visto sólo por oírla alabar." En efecto, Geoffroy Rudol, por la simple descripción de la belleza y virtudes de la condesa de Trípoli, siente una viva pasión por ella; la celebra por largo tiempo en sus versos, y, al fin, arrastrado por su deseo de verla, embarca para Siria; cae mortalmente enfermo en el viaje, y se da por satisfecho al exhalar su último suspiro con haber comprado al precio de su vida la felicidad de ver a su ídolo. Los trovadores empadronaron la virtud y la belleza en los castillos de buena cocina y en las castellanas de espléndida escarcela; sus retratos aduladores corrían por los oídos de gentes que no habían de ver el original. Doña Berenguela, princesa catalana, dejó entre

los leoneses una estela de hermosura que todavía perdura, y no entre sus paisanos que debieron conocerla mejor.

El arte, mientras, buscaba a tientas los patrones perdidos de la belleza. Todo sentimiento de la forma humana parece abolido en los cinco siglos que rompen la tradición clásica. La estatuaria desconoce la proporción de las manos y de los pies; pone los ojos desmesurados a menudo en mitad de la frente; las narices ocupan la mitad de la cara; las orejas son dos asitas o están monstruosamente desarrolladas. Y al llegar al siglo XV, Cataluña, adelantadísima a la sazón, nos aterra con sus Cristos cabezudos o zanquilargos; los rictus más espantosos, las actitudes más descompuestas, las fealdades más repugnantes se dan cita en estos primitivos esbozos, en donde el pintor monacal refleja visiones apocalípticas, terrores milenarios, visiones demoníacas, castigos infernales.

No hay exageración en este proceso del hundimiento del sentido de la vista: éste no es tenido en cuenta por los filósofos de aquellos siglos. Averroes ni siquiera acierta a explicarse el teatro por sus lecturas de la antigüedad. Para Avicena todo es olor y sonido. Compararle con Quintiliano que decía: "Tenemos todos nuestros apetitos en los ojos", es comparar el mundo antiguo, delicia de los ojos, con el mundo medieval de miseria y pobreza, sin cuadros ni esculturas, sin nada que distrajera la vista de la contemplación interior.

Aunque hubo juglares y declamadores en la Edad Media, hasta la Moderna no se les dió ropa y escenario. ¿Y qué escenario? Un corral, del que se interceptaba parte para vestuario, sirviendo de cortina una manta vieja. La vista empezaba a ser exigente, pero no tanto como el oído, pues el teatro era en verso.

El olfato y el oído reemplazan a la vista.

Inutilizada la vista, que había servido de embajador al sexo, el instinto buscó los buenos oficios de otros sentidos que no fueran perseguidos por la religión, y se le ofrecieron dos nada menos: el olfato y el oído.

El olfato había sido en las lejanías de la prehistoria el plenipotenciario del instinto sexual. Llevaba siglos aplastado por los perfumes; pero al reforzarse la castidad con el desaseo, se le abrieron los caminos para que recobrase su pretérita grandeza. El olfato pegó un salto atrás; se animalizó de nuevo. Retroceso salvador para la especie, porque la religión perseguía con encarnizamiento los impudores del tacto y de la vista. Por un contrasentido, la religión no perseguía el impudor del olfato, sino por el contrario su pudor, que lo es el perfume, creyendo equi-

vocadamente que éste es el gancho del amor, cuando es el vestido del olfato, atractivo nada más que por lo que tapa, como lo es el vestido respecto al sexo. Sin embargo, la experiencia debía advertir a la religión su error, porque en los confesonarios se riñeron las grandes batallas con el pecado, y la intolerancia clerical se desmoronaba en aquellas cajas de resonancia de los olores femeninos. Se sabe que por ordenanzas eclesiásticas hubieron de ser trasladados los confesonarios a sitios públicos, y es que la carne picaba en su primitivo anzuelo del olfato.

De la mugre se quiso hacer una armadura del pudor, y lo que resultó fué un trono para el olfato. No pararon aquí sus servicios. Por repugnantes que hayan llegado a sernos los huéspedes de la piel, tenemos que recordar el tesón con que labraron nuestra sensibilidad buscando su propio sustento. En aquella época la grandeza, lo mismo que la plebe, tenían *población flotante*, y el deporte aristocrático consistía en levantar los insectos agazapados en la piel. Hasta muy entrada la Edad Moderna, el cuarto de espulgar constituía el confort de un mesón, y los colchones había que rebotarlos en el suelo antes de entregarse a la voracidad de sus inquilinos. La ley velaba por los comensales del hombre, cerrando a piedra y lodo los baños, so pretexto de que maceraban el vigor de los guerreros. No se conocía la camisa y la ropa pinchaba como ortigas, y todo esto fué sensibilizando la piel, que hoy al suave repaso de una pajita, al cosquilleo de una pluma, rompe en risa las voces de protesta y rinde el cuerpo en convulsiones, incapaz de huir de la anonadante sensación.

Más tarde quiso la Iglesia que se amortajara la carne con camisas inquitables, cuya trama era hospedería de parásitos. ¡Cuántos años de servicio honesto prestaban aquellos vestidos antes de caer en harapos recomidos por el sudor! ¿Pues y los frailes y monjas? Presos voluntarios de la fe, por sus vestidos de crin grosera, potro de escozores, caravaneaban los insectos, dejando regueros de excitaciones. Sobre su piel acumulábase una capa acre, salada, resultante de la transpiración, y por si no irritara bastante el sistema dermoide los hábitos rudos, el cilicio, la dureza de la estera que usaban de colchón, se mortificaban con disciplinas. Las maceraciones del anacoreta han sido llamadas "orgías del solitario". Se dice que no había una heroína de la flagelación que sufriese tantas alucinaciones como María Magdalena de Pozzi. Durante ellas deliraba de amor, el calor interno parecía querer consumirla, y gritaba: "¡Basta, no aticéis más esa llama que me devora! ¡No es ésta la muerte que quiero; sería demasiado agradable!" A Isabel de Genton la flagelación la transformaba en una bacante. En vano atormentaban la carne,

sucumbían a las tentaciones como el que pisa uva su fermento le embriaga. No eran herejes en amor, como decía Montesquieu. Como veis, todo el empeño de la religión en sofocar el deseo resultó contraproducente, porque el instinto acorralado realizó la alquimia prodigiosa de las sensaciones transmutando el dolor en placer.

El otro sentido que compartió con el olfato la selección sexual fué el oído. Como leer no sabía casi nadie, la gente aprendía de oído. ¿Y de quién? Pues de los contados que sabían leer, de los frailes y curas. Jamás tuvo ni volverá a tener la palabra dominio semejante, porque en el mundo antiguo la sibila, el auríspice, el mago, el tribuno hablaban a los grandes o al pueblo, y no se agachaban nunca a los oídos del humilde como lo hizo el sacerdote cristiano, ganándoles uno a uno. Sin renunciar a la sugestión oratoria, el sacerdote consolidaba su dominio espiritual por la continuidad de sus mandatos. No se reducía solamente a incrustar en los cerebros sus decretos de moral, sino que inspeccionaba su cumplimiento y castigaba las desobediencias. De ahí que todo el progreso de la Edad Media fuese sentimental, porque toda la labor pedagógica de monjes y curas estaba encaminada a corregir conductas. En los manuales de confesión se regulaba la penitencia por los pecados sexuales con tantas circunstancias agravantes y atenuantes que no hay detalle que no se considere necesario para juzgar recto, por lo cual se convierte el confesor en un trapero de basura sentimental. Así, pues, de un modo indirecto pero evidente, la confesión alentó el impudor del oído, porque los secretos sexuales eran escudriñados con tal saña, que es dudoso no destruyeran el candor. Todavía, añorando ese pasado espléndido de impudicia, las palabras susurrantes no necesitan patentes de limpias para atravesar los oídos de las mujeres. Ese ha sido el contrabando eclesiástico, y aún se cuelan valijas de amor *sotto voce*. "La hablaba tan bajito—dice Juan Dolent—que ella me entendió."

En aquellos tiempos, la sociedad cristiana no conocía el pudor del lenguaje. Eran sus primeros oficios y no sabían entenderse con medias palabras. Refiriéndose a las conversaciones de sobremesa en los castillos, dice Scher que eran francas y alegres, siendo muchas veces los chistes que se narraban y las bromas que se gastaban tan verdes, libres y aun positivamente obscenos, que las mujeres de hoy se horrorizarían de oírlos. No obstante las sublimidades del culto del amor, eran gentes rudas y toscas, que ante nada natural se arredraban y llamaban a las cosas por su nombre. "¿Quién de vosotros—decía San Juan Crisóstomo a sus ovejas de Constantinopla—estará en condiciones de recitar un salmo u otra pieza de las Sagradas Escrituras si a ello se le invita? Pero

que se os pidan aires diabólicos, canciones galantes y obscenas, y entre vosotros se encontrarán muchos perfectamente al corriente de todo esto y que lo ejecutarán con el mayor gusto."

¿Qué beneficios aportó el impudor del oído? Este sentido ha llegado a ser el más ilusionante y engañador, en lo que ha influído indudablemente su papel de intermediario de los sexos. Ha llegado a ser tan ilusionista como el deseo, y nunca nos transmite con fidelidad lo que oye. El es el fraguador de todos los errores y fantasías, porque está encariñado con la imaginación. La palabra fué la sierva más manejable del pensamiento, y los delirios mayores de la imaginación hallaron siempre frase para exteriorizarse y ser comprendidos. El sexo soliviantó el oído como tenía soliviantada la imaginación, y por esto se agrandaban los hechos y se formaban las leyendas y se prestaba crédito a los milagros.

El oído había hecho a los hombres sensibles al elogio y al vituperio, y no necesitó más para crear un pudor propio, que la Historia registra con el nombre de honor. Ese honor estriba para las mujeres en no mostrarse blandas para las tentaciones de la carne. En tono burlesco se describe el honor femenino en *Los Bargas de Castilla*: "¡Qué cansado es el honor! Pues lo que enfada conviene. No me miren, no me vean. No me murmuren, no digan. No me encuentren, no me sigan, no piensen que me pasean. ¡Jesús, Fulano me vió! ¡Cierro la puerta, ay de mí! ¿Si advirtió si yo le vi? No, que antes le miré yo. Si mi padre lo entendiese. Si el vecino lo mirase. Si en la calle se notase. Si mi hermano lo supiese... Mi reputación, mi honor. Mi sangre, mi calidad. Mi ser y mi honestidad, ¿puede haber cosa peor?"

El honor fué al principio superficial, a flor de piel. El individuo nadaba en el ambiente de gazmoñería y permitía respirar a sus pasiones. El honor no zozobraba por las malas acciones, sino por las conspiraciones de las lenguas, y, en la práctica, resultaba un vestido de moralidad, confeccionado a la moda de aquellos tiempos y del cual se desnudaba la persona en las horas de soledad, donde no la veía el mundo. Más a fuerza de llevar puesto ese traje, ha llegado a calar el alma, y hoy el honor se contempla en la propia conducta y es capaz de desafiar la desestimación pública que le trajo al mundo, recompensando al hombre de las persecuciones e injusticias que sufra por obrar bien.

La sociedad había tropezado con la misma dificultad que los hacendistas, porque la belleza física escasea tanto como el oro, y gracias al oído ilusionador y a la ceguedad de la vista, pudo aquél emitir nuevos valores morales, pues de hecho creó la circulación fiduciaria en amor, con tal éxito que la belleza física pasó a segundo plano, al menos para

matrimoniar, el día que la religión hizo de la castidad y de la virtud las promesas más firmes de felicidad conyugal.

El oído era un advenedizo en las artes de la seducción, y es natural que necesitara intermediarios. Esto explica el auge temporal de la celestina. Tampoco puede ser repentista el oído como el olfato o la vista, y bajo su mando se ha dilatado el asedio del sexo femenino con ventaja notoria para que colabore la sociedad en la elección, sin contar que permite a la mujer rehacerse de sus pasajeras flaquezas y no entregarse más que al amor constante y verdadero.

Ya dijo Baltierra en unos versos muy poco conocidos:

> ... acorta, acorta
> el plazo que le diste a mi alegría,
> por lo que yo te adoro y por quien eres.
> Pon espuelas al gusto, porque importa,
> y harás en esta vida tuya y mía,
> si es corto el plazo, largos los placeres.
> Socórreme: no esperes
> que me hallen sin vida tus favores,
> porque es terrible mal el mal de amores.

No todo han de ser plácemes para el oído. Frente a las ganancias que nos ha proporcionado su impudor, hemos de oponer el perjuicio sufrido por la raza al ser desviada de su norte selectivo que era la belástimas de la materia. De modo que el saldo del oído es favorable por el lado sentimental y desfavorable por el eugénico.

lleza física, pues el embeleso de las almas no permitía reparar en las

La vista recobra la hegemonía en la selección sexual.

El Renacimiento inicia otro nuevo viraje selectivo. El olfato y el oído declinan nuevamente, y la vista es elevada a su sitial soberano en la selección sexual.

El olfato fué pervertido en las clases altas por el abuso del rapé y de los perfumes. Hasta las mujeres y los niños tomaban rapé. De Lúculo, que vivía para comer, a los trapenses, que comían para vivir, no hay más diferencia que el olfato. Se explica que en su nuevo aprendizaje de olores delicados no advirtiesen la presencia de venenos en las comidas ni en las bebidas, y Borgia aprovechó aquella interferencia del olfato primitivo con el olfato moderno para desembarazarse arteramente de enemigos.

En el siglo XVI, la gente de viso llevaba una bota o borracha de ám-

bar para salvar el hedor de las calles. Júzguese si sería distinguido su uso, que Antonio Pérez no supo regalar cosa mejor a quienes le protegieron durante su destierro. En cambio, la plebe respiraba a sus anchas los malos olores, y de noche no necesitaba fanales para sortear los festones de inmundicia de las casas. Cabarrús dice que el limpiar las calles produjo las más vivas protestas y se conmovió el vulgo de todas clases.

Pasemos al oído. Es difícil precisar si empezó su pudor por la palabra hablada o por la escrita; pero lo indudable es que tuvo ricos pañales, que su cuna fué aristocrática, y poco a poco ha ido ganando las clases inferiores. Toda Europa pasó este sarampión pudoroso. Como dice Menéndez Pelayo, el conceptismo se aisló del arte popular, cegó las vivas fuentes de la poesía indígena de cada pueblo y formó en las Academias y palacios una aristocracia que trajo delicadeza a la expresión de afectos, ingenioso discreteo a la conversación de damas y galanes y lanzó sobre todas las literaturas de Europa una plaga peor que la de la langosta: la plaga de las églogas, de los madrigales, de los sonetos, etc.

Este pudor literario fué proyectándose con muchísima lentitud al mundo real, y en su larga lucha con las formas libres de expresión se limpió de las extravagancias de origen, regalando al lenguaje de los enamorados el aderezo precioso de la palabra, que es la metáfora. En la Edad Media, ya lo hemos dicho antes, no conocieron las finezas del decir más que los elegidos del amor, porque los grandes sentimentales y los torturados por el amor incorrespondido han sido los inventores de las metáforas sublimes que se han plebeyizado al convertirse en frases hechas. Hoy hasta los enamorados más pobres de inteligencia usan en su lenguaje de amor esos adornos de bisutería, que suenan gratamente en los oídos de la amada y son talismanes de seducción y anestésicos del pudor del tacto; que no en vano el oído ha tenido el patronato de las emociones eróticas en los siglos de persecución del impudor de la vista.

En la restauración del pudor del lenguaje, dejando intacto lo obsceno de la intención, puede decirse no trabajaron sino las mujeres. Montaigne decía: "hay que dejar a la mujer esta vana superstición de la palabra." Ellas han sido también las principales mantenedoras de ese régimen de hipocresía mental, gracias al cual la virtud está en los labios y no en los corazones.

El pudor del lenguaje no significa abandono de los negocios del sexo. Por el contrario, está bien acreditado que contribuye a perpetuar la deshonestidad del pensamiento. Y la mujer, por más casta, ha llegado a ser maestra en ese trabajo imaginativo de vestir y desnudar pensamientos pecaminosos de lenguaje pulcro y decente. Al decir veladamente algo

grosero, se obliga al oyente a desnudar de palabras la intención; trabajo de desvestir que tiene mucho de regodeo sexual. Así el cerebro, gracias al pudor del oído, se ha convertido en un alambique donde se destilan los hierbajos del deseo y se obtiene el alcohol desnaturalizado del amor inmaterial, del amor platónico. Las frases galantes, los discreteos con que se pone cendales a los pensamientos livianos, son como libaciones sexuales, que no embriagan, pero alegran. La dosis afrodisíaca es ínfima, mas produce revuelo entre las ideas subversivas, y éstas traman alguna calaverada, que casi siempre muere en el silencio de los pensamientos irrealizables.

El oído y el olfato se tornan pudorosos en la Edad Moderna y el instinto sexual se ve obligado a llamar de nuevo a su antiguo embajador, a la vista. Y la Humanidad emprende una marcha hacia atrás. Se empieza por desacostumbrar a la vista del espectáculo cotidiano de las miserias patológicas, acabando con la promiscuidad medieval de sanos y enfermos. A la verdad, tuvieron que ser retirados los leprosos de la vista de las gentes, para que la Humanidad temblara ante la sífilis, vieja como el mundo, en un inesperado amor al físico. Después se reintegró a los templos la belleza física, ungida de gracia, y los filósofos cristianos la reconcilian con la bondad. Herrera dice: "todo amor nace de la vista." León el Hebreo, el filósofo del amor, extrema las alabanzas a este sentido, y el escolástico fray Bartolomé Medina asegura que "la belleza corpórea responde a la belleza espiritual, y que la perfección interna engendra la exterior. Aquélla se llama bondad y esta otra, hermosura, y es como la flor del bien."

Realmente, fué un adelanto enorme para la época aquella de barbarie lanzar la candidatura sexual de los sentimientos hermosos, que son aroma del alma, y un acierto indiscutible el soldar esta candidatura con la belleza física, pues sólo juntas podrán salvarse hasta el fin de los siglos.

Ahora bien: la vista es un sentido de minorías; todavía sigue siéndolo, y el oído la toma bajo su tutela, la alecciona en la belleza clásica y si es preciso la hace ver lo blanco negro. Hay que comprender que el relevo del oído en la selección sexual no podía ser rápido, porque este sentido es muy servicial y se acomoda a todos los regímenes sin soltar nunca el mando efectivo de las relaciones sociales y sexuales. El oído se apropió el léxico nuevo de la vista, le popularizó, y, así, por un espejismo histórico, adelanta su triunfo, haciéndonos creer que todos veían cuando la verdad es que solamente veían muy pocos, aunque todos usaban las mismas expresiones visuales. Los poetas no eran retratistas.

Hasta Calvi, una especie de tratadista de estética, plagia las descripciones de belleza clásica, sin molestarse en abrir los ojos para ver las de sus contemporáneas. Dos palabras irrumpen en el idioma que protocolizan las desigualdades creadas al resucitar el sentido de lo bello, y estas palabras son: *buen gusto.* La clase culta las usufructúa todavía, aunque le va a los alcances el pueblo. En la Edad Media esas palabras no hubieran tenido significación porque el gusto era unánime.

La invención de la imprenta vino a extender la lectura, pero nótese que su difusión coincidió con una epidemia lírica, y esto hace pensar que leían en voz alta, como los que aprenden a leer ya mozos, que necesitan pasar las ideas por la aduana auditiva y hacer transbordo de un sentido a otro para que lleguen a su mente. Esto que les sucede ahora a los que aprenden tarde a leer, ¿cómo no había de sucederle a la Humanidad que de pronto se aficionó a leer? Se comprende que todos hicieran versos y que la prosodia se cultivase con rara perfección, brotando el párrafo rotundo, sonoro, majestuoso.

Toda la enseñanza era oral. ¿Cómo se querrá que tengan los hombres independencia de criterio estético si de niños se les enseña a ver lo que les hace ver su profesor? Las palabras son las muletas de la vista; nos apoyamos en ellas para andar sin sentar la planta como resbalamos la vista sin observar apoyándonos en el sustantivo o en el calificativo. En los cuadros primitivos de las bocas de las figuras salen letreros explicando lo que el público no acertaba a entender por la expresión de la pintura. Se comprende pasen por águilas los que tienen dotes de observación. "Todo mi valer—decía Teófilo Gautier—es que soy un hombre para el cual el mundo visible existe. Muchas gentes no ven. Por ejemplo —añadía—, de 25 personas que entren aquí no hay tres que distingan el color del papel." Ruskin ha dicho que de cien personas hay una que sabe pensar, pero no hay más que una entre mil que sepa ver.

Cuando se hicieron los primeros ferrocarriles, el notable costumbrista Antonio Flores decía: "las impresiones del paisaje que cruza fugaz por nuestra vista son siempre las mismas. Todo aparece y desaparece como en una cámara oscura sin darnos tiempo a examinarlo (cualquiera diría que volaban los primeros trenes). Abramos la guía del viajero y leamos. Todos los demás hacen lo mismo. Al entrar allí con su libro debajo del brazo, parecen curas protestantes que no querían soltar la Biblia de la mano. Encerrados en el vagón y leyendo parecen niños de escuela castigados hasta que no aprendan la lección. *El libro nos dice lo que estamos viendo y no tenemos necesidad de mirarlo.*"

Otra prueba nada más del atraso de la vista y de que el oído no ha perdido su patrimonio en las relaciones sexuales. Esta prueba es el romanticismo, contagio puramente literario de un tipo de atracción sexual, enteramente desprovisto de atracciones físicas, enfermizo y delirante de libertad amorosa, impúdicos sentimentales que se desnudaban el alma en la *pose* heroica del sacrificio por amor.

Hacia nuevos rumbos.

Es precisamente ahora cuando las masas empiezan a abrir los ojos, solicitada su atención por las fotografías, los periódicos ilustrados, el teatro, el cine, y esto con insistencia tanta que son un aguijón del sentido. En esta crisis de crecimiento de la vista empieza a apuntar su desacuerdo con el oído, que es el sentido conservador de los patrones clásicos de la belleza, y nos damos cuenta de que esa belleza clásica está muerta; pero no acertamos a dar con la que corresponde a nuestros confusos instintos de independencia sexual. La vista triunfante vuelve a sentirse brava en sus deseos de contemplar desnudeces, y las miradas se van limpiando de la roña de lujuria de aquellos tiempos en que era delito tremendo el mirar y la imaginación se incendiaba en alucinaciones concupiscentes, por una combustión espontánea del instinto. Estamos asistiendo a la verdadera restauración de la vista, progreso selectivo que ya se traduce en un creciente afán de salud y de belleza y en un amor desmedido al deporte, exigente de castidad, como todos los amores exclusivos, y hemos de señalar, aunque sea brevísimamente, una ventaja de la prolongada testamentaría del oído: y es que ha podido transferir a la vista toda la belleza moral atesorada en los siglos de depresión de la belleza física. El Renacimiento casó la belleza moral con la física, llevando a los altares a los modelos de pintores y escultores, y los poetas y novelistas no se atrevieron a divorciar una de otra. Hasta nosotros llega intacta esa herencia, que la Eugenesia tendrá que recoger en sus previsiones para que la Humanidad no retroceda en el camino sentimental por atender exclusivamente al perfeccionamiento del tipo físico.

Todos los pudores que influían en la selección sexual, con sus altas y bajas, a empujones de la religión y de la moda y con las variantes mil de temperamentos y conductas, pretende reemplazarlos la Eugenesia con la procreación conducida por la Ciencia, que puede ponerse a la par de la economía conducida con que se quiere salvar de la bancarrota al mundo.